

Juan de Mena

Laberinto de Fortuna

Edición de Luis Gómez Canseco

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	9
El famoso poeta Juan de Mena	12
Obras en la corte	20
Un proyecto poético en el primer humanismo hispánico	31
Del género a la métrica	36
Lengua, escritura y glosa	45
Modelos y fuentes	54
Al hilo de la Providencia	66
La traza del <i>Laberinto</i>	78
Para una reforma moral	89
El laberinto de Castilla	98
Lecturas póstumas	111
Del código al texto	117
ESTA EDICIÓN	129
BIBLIOGRAFÍA	133
GUÍA PARA LEER EL «LABERINTO DE FORTUNA»	155
LABERINTO DE FORTUNA	163
APÉNDICES	303
Epígrafes del <i>Laberinto de Fortuna</i>	305
Relación de ilustraciones	309
Índice de notas	311

Introducción

A FERNANDO NAVARRO ANTOLÍN,
«virtudes e vidas en conformidades»

A Juan de Mena le llegó la gloria en vida, junto con beneficios y caudales que le permitieron gozar de una existencia holgada. Porque la fama póstuma está muy bien, pero no se saborea de igual manera. Esa fama de poeta letrado se construyó con una piedra angular de gran calibre: nada más y nada menos que el *Laberinto de Fortuna*. Los manuscritos que se conservan de la obra y las numerosas ediciones que alcanzó en la imprenta son testimonio incuestionable de que ese predicamento sobrevivió al poeta y se mantuvo firme a lo largo de casi todo el siglo XVI. Más de cien años de reconocimiento.

De entonces a acá, Mena y su obra han tenido reservada una peana singular en las historias de la literatura, aunque no sé si también en las estanterías de los lectores. Porque el *Laberinto de Fortuna* es un texto difícil, buscadamente artificioso, experimental, transido de latinidad, alimentado de erudición y articulado con una métrica y una sintaxis extrañas a la lengua española. Ese ejercicio altamente intelectual se puso, además, al servicio de un discurso de hondo calado moral y de una conciencia política volcada en la terrible crisis que vivió Castilla durante el reinado de Juan II, primer destinatario del poema.

Mena y su *Laberinto* significan un hito destacado para nuestra literatura. Merece, pues, la pena poner en pie quién fue el hombre que abordó un proyecto poético de tal singularidad, saber cómo lo hizo y determinar sus intenciones. Es ese el propósito que ha marcado la pauta para estas páginas.

EL FAMOSO POETA JUAN DE MENA

Todo ese renombre contrasta con los escasos e inciertos datos que del escritor nos han llegado¹. Sabemos, eso sí, que nació en el año 1411 en Córdoba, ciudad que siempre reaparecerá entre elogios encendidos en sus escritos. Del padre, Pedrarias de Mena y Peñalosa, aseguraba Valerio Francisco Romero que era «de estado mediano, de buena nación» (1602: f. 21v). Aun así es verdad que procedía de un noble abolengo, el de Ruy Fernández de Peñalosa y Mena, abuelo del poeta, señor de Almenara y veinticuatro de Córdoba, en cuya figura hubo de pensar cuando, en sus *Memoria de algunos linajes*, compuso el encomio del apellido Mena:

Los de este linaje de Mena son muy buenos fijosalgo; tienen su solar conocido en el valle de Mena, en la tierra que llaman Montaña, e de allí vinieron a estos reinos de Castilla; e fueron de los ayudaron a sus reyes en muchas conquistas contra moros e sirvieron lealmente al rey don Fernando III de este nombre; e se hallaron los de Mena en la toma de Baeza (1989: 414-415)².

¹ El arsenal principal de información para la biografía del poeta sigue estando en los preliminares de Hernán Núñez a *Las Trecientas del famosísimo poeta Juan de Mena con glosa* (1499). La acompañan el *Epicedio de Valerio Francisco Romero en la muerte del maestro Hernán Núñez* (1602), que incluye información sobre el poeta cordobés; la *Bibliotheca Hispana* de Nicolás Antonio; los *Escritores cordobeses ilustres* de Vaca de Alfaro, manuscrito de la Biblioteca Colombina de Sevilla; la *Historia y nobiliario de Córdoba* de Alonso García de Morales y Padilla, conservado en el Archivo Municipal de Córdoba; o el *Diálogo de la vida feliz* de Juan de Lucena, donde Mena comparece como personaje de ficción. A partir de ahí se han ido añadiendo nuevos datos o calibrando los ya conocidos por parte de Aguado (1935), Carballo Picazo (1952), Street (1953), Beltrán de Heredia (1956), Ortí Belmonte (1957), Muñoz Vázquez (1957: 152-153) o Di Franco (1981: 5-27).

² Todos los textos antiguos se transcriben con los mismos criterios usados para nuestra edición.

No obstante, varios estudiosos, encabezados por M.^a Rosa Lida de Malkiel, han sostenido que la familia tenía un origen converso, basándose para acreditarlo en las ideas de Mena sobre la Iglesia, la nobleza y la monarquía. Pero lo cierto es que tales ideas fueron compartidas por no pocos castellanos de la época, conscientes de la crisis en la que el reino andaba sumido. Añádase un particular que no es de menor cuantía: no hay indicio o prueba documental alguna que permita sostener tal conjetura³.

Los testimonios coinciden en afirmar que el futuro poeta quedó huérfano muy joven por la muerte de su padre, y que se crio con su madre y su abuelo en compañía de su hermano mayor, Ruy Fernández de Peñalosa⁴. Hubieron de ser esos los años en que recibiera sus primeras letras, como paso previo para acceder a la universidad, en este caso la de Salamanca, en la que ya aparece estudiando hacia 1434. Contaba entonces con unos veintitrés años, una edad avanzada para iniciarse en tales estudios; por lo que lo más probable es que los comenzara años antes. Sea como fuere, alcanzó el título de maestro en Artes y una formación lo suficientemente sólida como para que la latinidad fuera parte esencial de su trayectoria intelectual y administrativa.

Hacia 1438 o 1439 ha de fecharse la primera de sus obras mayores, *La coronación del marqués de Santillana*, un poema alegórico destinado a ensalzar la figura de don Íñigo López de Mendoza, que Mena acompañó de un muy erudito comentario de sus propios versos. Al poco, en torno a 1441, inició una estancia en Italia, que habría de suponer una experiencia decisiva. Su destino fue Florencia, y no por ca-

³ La hipótesis de Lida de Malkiel (1941) fue aceptada, entre otros varios, por Américo Castro (1948: 503), y sostenida en el tiempo por estudiosos como Hutcheson (1996) o Ingram (2010). La puso en suspenso Street (1953) y terminó por descartarla con sólidos argumentos Asensio (1967: 344-351 y 1976).

⁴ Cfr. García de Morales, *Historia*, ff. 315v-317v.